

## ENTREVISTA AL ARQUEÓLOGO LUIS A. ORQUERA

Nicolás C. Ciarlo\*  
Marcelo Vitores\*\*  
Melina Bednarz\*\*\*  
Ivana L. Ozán\*\*\*\*

### INTRODUCCIÓN

Conocer la arqueología exige situar su trayectoria histórica, trabando relación de sus pormenores. El espacio de entrevistas que este número vuelve a abrir, tiene por objeto recuperar experiencias y reflexiones de quienes han sido partícipes activos en una parte del devenir disciplinar en nuestro país. Un registro presente, formado con el pasado y mirando al futuro, dedicado a todos aquellos jóvenes que se inician en la arqueología.

A la hora convenida, llegamos al departamento del barrio de San Nicolás, en Ciudad de Buenos Aires. Bueno, casi todos... uno de nosotros demoró unos instantes para llevar la cámara. Pero la bienvenida fue muy grata, para todos. Allí nos encontramos con algunos de los jóvenes investigadores que conforman el equipo de trabajo dirigido por el arqueólogo Prof. Luis Abel Orquera, leyendo o escribiendo entre papeles y computadoras. Nos saludaron y retomaron sus labores.

A continuación nos dirigimos al estudio de Orquera, un ambiente algo más reducido que

los otros, ocupado en su centro por un gran escritorio cuyos extremos estaban coronados por apuntes y libros. Un librero escoltaba un flanco del mueble, y una computadora, el otro. Panorama del lugar de trabajo diario, aunque igualmente pulcro y ordenado. Algunos cuadros que embellecían las paredes y una ventana que dejaba entrar la luz de día, completaban este escenario. Frente a nosotros, ataviado con chaleco de lana, camisa, pantalón y zapatos de vestir, nuestro entrevistado.

Luis Abel Orquera terminó de definir su vocación allá por la década del '60, cuando comenzó la carrera de historia, y siendo ya un abogado en ejercicio. Desde entonces volcó su energía y dedicación a la arqueología. Se ha desempeñado en un sinfín de trabajos de campo, debates teóricos y metodológicos, docencia universitaria y numerosas traducciones con las que durante años acercó nueva bibliografía a colegas y estudiantes.

Con gran afán didáctico, balanceándose sobre su silla y gesticulando con sus manos, fue contestando nuestras preguntas. A continuación, presentamos la entrevista completa.

\* Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano - UBA - nciarlo@yahoo.com.ar

\*\* Centro de Investigaciones en Antropología Filosófica y Cultural - CONICET - marcelovitores@yahoo.com.ar

\*\*\* Centro de Arqueología Urbana -UBA - mpbednarz@yahoo.com

\*\*\*\* Museo Etnográfico "J. B. Ambrosetti" - ivanalaura\_ozan@yahoo.com.ar



## ENTREVISTA

*¿En qué consiste, para Ud., el trabajo de investigación en arqueología?*

No creo ser muy original al decir que es el estudio, la investigación sobre el comportamiento, la forma de vida, las relaciones sociales, las creencias de otros seres humanos, a través de los restos materiales que han quedado. Al decir *creencias* me refiero a creencias en sentido amplio, no únicamente a las cuestiones religiosas.

Esto marca una diferencia con la etnografía y la antropología social, en las cuales la investigación sobre otros seres humanos se efectúa mediante el contacto directo, de la observación participante, de las preguntas y respuestas o de otros métodos de interacción directa. El arqueólogo no interactúa directamente con los autores de la cultura con los cuales trabaja, sino a través de los restos materiales que quedan de ellos, de su actividad o de su organización.

Esta situación da a la etnografía y a la antropología social, aparentemente, una gran ventaja, puesto que les es mucho más fácil obtener información sobre aspectos que no tienen un correlato material demasiado evidente. [Lewis] Binford dijo alguna vez con cierta presuntuosidad que la arqueología podía obtener información sobre todos los aspectos de la vida humana. Fue un poco exagerado; hay muchos aspectos a los cuales,

si bien no es imposible, por lo menos es muy difícil que el arqueólogo pueda tener acceso. Muchos aspectos de una organización social o de simbolismo, sí, alguno que otro puede ser deducido a partir de comparaciones y de deducciones a partir de los restos materiales. Pero otros muchos quedan permanentemente inertes, desconocidos.

Sin embargo la arqueología tiene también sus ventajas. Una de ellas, muy importante, es la longitud del tiempo. Algunas veces se ha dicho que la arqueología comienza a partir del momento en que se acaba el recuerdo vivo. Esto no es así, una prueba de ello es la arqueología histórica, la arqueología urbana, que puede estudiar hechos extremadamente recientes. Por supuesto, sacar inferencias a partir de los restos materiales suele ser más costoso que preguntar directamente a las personas que estuvieron presentes. No obstante, en algunos casos se puede hacer, y además la arqueología tiene una profundidad temporal enorme, que se remite a los dos millones de años que tiene el género humano sobre la Tierra.

Además, hay otro aspecto sobre el que no se tiene debida conciencia: la arqueología muchas veces puede controlar, someter a prueba y corregir informaciones de índole etnográfica. Uno se puede preguntar ¿cómo a través de la basura, de los restos materiales, se puede corregir lo que alguien vio personalmente y describió? Sí, es posible. Un caso es el de nuestra investigación en Tierra del Fuego. La enorme mayoría de los observadores, misioneros, marinos y antiguos pobladores dijeron que los indígenas de la región, los canoeros que vivían en las orillas del canal Beagle, subsistían fundamentalmente consumiendo mariscos, y que sólo rara vez, si es que alguna vez lo hacían, cazaban un lobo marino. Nosotros fuimos a hacer arqueología y encontramos un panorama completamente distinto. El 60% o 70% de la alimentación estaba dado por los lobos marinos, los mejillones daban a lo sumo un 10% o 20% de las calorías consumidas.

Tengamos en cuenta que esos datos de los observadores no se refieren únicamente al período posterior a 1870-1880, que es cuando los lobos marinos comenzaron a disminuir debido a la cacería intensiva y depredación por parte de los europeos, sino que también se refieren al período anterior, cuando los lobos marinos eran tan abundantes como hace milenios. ¿Esa incongruencia significa que muchos navegantes y observadores anteriores a 1880 eran malos observadores, eran tontos o mentirosos? No, de ninguna manera. Lo que ocurrió, según nuestra interpretación, fueron dos cosas.

Primero, cuando los navegantes llegaban, los que subían a los barcos para hacer negocios y pedir regalos, eran los varones; y por consiguiente dejaban de cazar, mientras que las mujeres continuaban con sus actividades normales: alrededor de los barcos seguían pescando y recolectando mariscos. De aquí que los europeos creyeran ingenuamente que las actividades principales eran la recolección de mariscos y la pesca, y que la cacería de lobos marinos era poco importante. Lo segundo es que las conchillas de los mejillones dejan una enorme cantidad de residuos; en cambio los huesos de los lobos marinos dejan poco, son relativamente chicos. Los huesos de un lobo marino pueden ocupar menos de diez decímetros cúbicos, mientras que un metro cúbico de conchillas representa el equivalente alimenticio de dos lobos marinos, el volumen de residuos es cincuenta veces mayor. Los observadores del siglo XVIII y XIX veían esos enormes montones de conchillas, de caparazones de moluscos abandonados, y supusieron que los indígenas pasaban la vida comiendo mejillones. No advirtieron que los pocos huesos perdidos, distribuidos dentro de esa masa revelaban un alimento mucho más sustancioso y mucho más abundante. Claro, en el siglo XVIII, ¿quién se iba a poner a pensar en calorías? De modo que la arqueología muchas veces puede controlar y confirmar la información etnográfica, muchas veces la ha confirmado y dado mayor antigüedad, pero algunas veces también la puede corregir.

Con respecto a cómo considero la tarea de investigación arqueológica, mencioné que es la investigación del comportamiento, las relaciones sociales, las creencias de otros seres humanos que vivieron en el pasado a través de los restos materiales. Sin embargo, en los últimos tiempos se está propagando la idea de que la arqueología es el estudio del registro arqueológico en sí, y esto no es una diferencia menor. Creo que esto se debe a una mala interpretación de Binford. Él dijo que los documentos con los que trabaja el arqueólogo son los restos materiales, pero eso no significa que el arqueólogo deba limitarse al estudio de ellos en sí y su distribución. Decir eso sería un empirismo que nos remitiría a Stuart Mill<sup>1</sup>, cuando la mayoría de los empiristas está de acuerdo en que la información con que nos manejamos los seres humanos pasa a través de los sentidos pero no se limita a ellos. Pasa por los sentidos, pero luego debe ser estudiada, controlada y validada por procesos mentales, por procesos conceptuales. Por lo tanto, la información no se limita únicamente a la percepción directa, el empirismo admite también las elaboraciones e inferencias que se hagan a partir de las percepciones sensoriales bajo el control de la lógica, aunque esas elaboraciones e inferencias no hayan sido objeto de captación directa por los sentidos. Decir que el arqueólogo debe limitarse a estudiar el registro arqueológico equivale, desde mi punto de vista, a decir que los historiadores deben limitarse a estudiar el papel y la tinta con que los documentos están escritos y olvidarse de preguntar qué indican sobre las campañas de Julio César, o el comercio en el siglo XVII o las relaciones metrópolis-colonias en el siglo XIX o sobre la gran cantidad de cosas que ustedes pueden imaginar que un historiador puede decir con mucha autoridad.

*Podría creerse que el etnógrafo “ve” la sociedad -aunque ella misma es un concepto-, mientras que los arqueólogos somos necesariamente conscientes de no “verla” directamente ¿En qué medida cree que son nuestros esfuerzos metodológicos por*

*salvar la dificultad de una aproximación indirecta a las sociedades del pasado los que nos estén ayudando a ampliar o corregir las observaciones de, por ejemplo, la etnografía?*

Obviamente toda observación de un ser humano está teñida de un grado de subjetividad, debido a su formación, a sus creencias, a sus prejuicios, intereses y muchas cosas más. Los antropólogos sociales deben ser conscientes y desprenderse de ello, al igual que los arqueólogos, quienes contamos con muchos prejuicios y condicionamientos derivados de nuestra formación académica y personal. Supongo que todos debemos tratar de buscar una visión objetiva, lo cual se relaciona con las distintas escuelas de procedimiento.

Reitero lo dicho anteriormente sobre los empiristas —y que también fue mencionado por Kant<sup>2</sup>—, que el conocimiento entra a través de los sentidos, pero debe ser validado por la reflexión posterior, por los procedimientos lógicos que son anteriores a la percepción, anteriores a la observación, anteriores y universales. Si uno registra las observaciones y luego somete a prueba las conclusiones mediante hipótesis y contrastación con otros restos materiales independientes, entonces el riesgo en gran parte se elimina.

*¿Podría, brevemente, hacer un recorrido por la arqueología argentina desde que usted participa como investigador, haciendo hincapié en las diferencias entre aquel entonces y la actualidad?*

Diferencias hay muchas... Mi primer contacto con la arqueología tuvo lugar en 1962, cuando era estudiante en la Universidad de Buenos Aires. En esos momentos predominaba en esta Universidad la tendencia del historicismo cultural, el normativismo. Dentro de este normativismo cultural había dos tendencias principales: la alemana-austriaca y la norteamericana. Mucha gente dijo y sigue diciendo que Buenos Aires estaba bajo un

enfoque histórico-cultural alemán dominado por la teoría de los ciclos culturales: situación que en gran parte es verdad, pero no absoluta.

Es cierto que Prehistoria del Viejo Mundo era dada por Menghin<sup>3</sup>, que era histórico-cultural, y que Menghin aceptaba la idea de los ciclos culturales como medio de síntesis, pero su idea de los ciclos culturales no era la de la escuela clásica de los etnógrafos, como arqueólogo Menghin no podía ignorar las etapas evolutivas. Por otra parte, en Arqueología Americana, se estudiaba a Menghin y se lo citaba, pero tenía mucha mayor importancia la escuela norteamericana. Con Lafón esto lo veíamos a fondo y para aprobar el examen realmente había que saber muy bien Ford, Bennett, Willey, Meggers, Lumbrellas, inclusive Rex González<sup>4</sup>, quien nada tenía que ver con la corriente histórico-cultural... y a pesar de que existía una enemistad personal entre González y Lafón. Se los estudiaba en profundidad, no sólo en Arqueología Americana, sino también en los seminarios. Eran autores normativistas, culturalistas, había mucho descriptivismo, se pensaba que las similitudes entre culturas significaban relaciones culturales y no únicamente respuestas adaptativas, pero no compartían las posturas extremas del historicismo cultural alemán. Se pueden hacer muchas críticas, pero no es justo decir que todo en nuestra carrera era historicismo cultural alemán-austriaco.

Por otra parte, cuando se jubiló Menghin, en la época en que comencé a ser ayudante y luego jefe de trabajos prácticos, Prehistoria del Viejo Mundo se organizó en un trípode que daba igual importancia a las ideas de Menghin, de Bordes y de Childe<sup>5</sup>, que de histórico-cultural germano ciertamente no tenía nada... Por esa época, alrededor de 1966-67, se comenzó a dar mucha importancia a Bordes y al análisis tipológico; Leroi-Gourhan<sup>6</sup> llegó un poco después, alrededor de 1971-72. Muy poco después hizo su aparición la *New Archaeology* (Nueva Arqueología), lo cual

significó una revolución en los procedimientos y principios fundamentales de la práctica arqueológica.

En primer lugar, se propuso que no había que limitarse a describir sino que había que explicar por qué ocurrieron las cosas, a través de un método hipotético-deductivo. Esto significaba una mucha mayor importancia del método. A veces se dio más importancia al método que al conocimiento, pero esto es algo que ocurre al principio de todas las transformaciones teóricas. En segundo lugar, se dejó de lado el normativismo; se consideró que los humanos actuaban no porque estuvieran respondiendo a normas impuestas por la sociedad, sino que actuaban en forma pragmática como respuesta a las condiciones ambientales. Esto significó una consideración mucho más flexible de la cultura. Antes, con el normativismo, se pensaba que existía un modelo al cual los seres humanos se tenían que ajustar y el que no se ajustaba a dicho modelo quedaba excluido de la cultura. Si había muchas diferencias de índole menor, regional, estilística, se consideraba que correspondían a culturas independientes e irreductibles entre sí. Pero en realidad eran distintas manifestaciones de un mismo grupo cultural. Eso todavía sigue existiendo ¡no se hagan muchas ilusiones! Pero con las nuevas tendencias se comenzó a pensar que estas diferencias respondían a una flexibilidad en las culturas para adaptarse, para utilizar de la mejor manera posible los recursos a su disposición.

La Nueva Arqueología también tenía algunas cosas que no me gustaban tanto. Por ejemplo, su rechazo por el particularismo, lo cual estaba muy bien, pero condujo —por lo menos en un comienzo— a una exacerbación del universalismo y de la atemporalidad. La Nueva Arqueología comenzó diciendo que no había que estudiar las manifestaciones humanas diversas, sino tratar de entender cómo es el comportamiento humano general, cómo actúa en abstracto. Esto era una herencia del siglo XVIII, de la idea que el ser humano nace dotado de todos los

atributos racionales que son necesarios y que la sociedad lo perturba, lo corrompe e impide que realice sus potencialidades. Esta idea llegó a la Nueva Arqueología porque ésta aprovechó, de alguna manera, los conocimientos económicos del liberalismo, fue una precursora de la globalización. Los Nunamiut fueron tomados como un modelo, de acuerdo con el cual había que explicar a los indígenas de Patagonia o de la Puna aunque las circunstancias en que vivían eran diferentes.

En muchas circunstancias estoy de acuerdo con ello. Si ustedes me mencionaran, por ejemplo, al *Jabaliense*, o al *Riogalleguense*, lo menos que haría sería sonreírme escépticamente, lo menos [risas]. Pero hay otras cosas... La secuencia de Patagonia: *Toldense*, *Casapedrense*<sup>7</sup> se han convertido en malas palabras. Yo me preguntó ¿por qué? Nacieron como conceptos normativistas y como conceptos inflexibles, pero todas las cosas se pueden redefinir. No hay que pensar que el concepto *Toldense* implique imaginar subconscientemente que un consejo de ancianos determinaba cómo se confeccionaban las raederas. Basta con pensar que la gente estaba acostumbrada a hacerlo de esa manera porque les resultaba práctico y porque no se les había ocurrido una forma mejor. Es evidente que en determinado lugar de Patagonia y en determinada época las cosas se hacían de manera diferente a cómo ocurrieron después o cómo se hacían en otras zonas de Patagonia. Entonces, ¿por qué unificar todo, atomizarlo en una concepción en la cual todo equivalga o sea intercambiable con todo? No, la arqueología no encuentra eso y tampoco lo puede postular.

Todos sabemos que el concepto “*Edad Media*” se ha criticado muchísimo; sin embargo ¿por qué se sigue utilizando? Porque es práctico, es cómodo, porque menciona una realidad muy variable, muy diversificada que cambió a través del tiempo y del espacio, pero que en conjunto es diferente a lo que vino después. ¿Por qué seguimos hablando de *Auriñacense*, *Solutrense* y

*Magdalenense*<sup>8</sup> y nadie se escandaliza? ¿Significa que los europeos siguen pensando en ese consejo de ancianos que determinaba cómo había que confeccionar un arpón y al que no lo hacía de esa manera lo expulsaban de la tribu? No, era que la gente lo hacía de esa manera porque estaba acostumbrada, porque los veía a sus padres y a sus tíos hacerlo de ese modo y veían que las cosas funcionaban. Después de un tiempo, a alguien se le ocurrió que los raspadores, si en lugar de ser cortos y anchos eran largos y angostos, funcionaban mejor. Alguien lo advirtió, lo puso en práctica, funcionó; los parientes, los amigos y los vecinos vieron que funcionaba y comenzaron a hacerlo de esa manera. No tenemos que ignorar esas diferencias; hay que aceptarlas dándole la significación que corresponde. No son diferencias normativas, sino diferencias de prácticas.

Otro problema que tenía la Escuela Histórico Cultural era ser muy poco darwiniana; hablaba de evolución, pero era una evolución muy ambigua. La Nueva Arqueología tuvo muchísima repercusión y aceptación, sobre todo en Patagonia y Pampa. Con el tiempo se fue atemperando un poco y además en Estados Unidos sufrió una evolución. Primero aparecieron los darwinistas; luego se produjo una escisión, una contraposición entre los seleccionistas y los ecólogos evolutivos. La Ecología Evolutiva tiene algunos representantes en la República Argentina (se señala a sí mismo), no muchos... Con relación al seleccionismo, [José Luis] Lanata tuvo un acercamiento inicial, pero no es una corriente que haya continuado de manera muy firme.

Por supuesto, ha habido otras tendencias, entre ellas la Arqueología Social, sobre todo en el Noroeste. Pero salvo el caso excepcional de Lumbreras, siempre se ocuparon mucho por el qué hacer, pero no por hacerlo. Los teóricos de la arqueología social se pasaban bajando línea sobre qué había que hacer, pero no lo ponían en práctica. Hay no obstante algunos casos de

aplicación interesante de esta corriente en nuestro Noroeste, pero son pocos. También hay otros a quienes les interesan los aspectos post-procesales, pero no creo que se pueda hablar de una corriente orgánica. Y sigue habiendo también algunos arqueólogos que trabajan con criterios puramente inductivos y empiristas, sin prestar mucha atención a la teoría.

*¿Qué nos puede decir acerca de la relación cambiante entre la práctica profesional y el contexto político y social general?*

Los aspectos sociales y políticos por los que atravesó la Argentina tuvieron bastante repercusión en la arqueología del Noroeste y, sobre todo, en La Plata. En la Universidad de Buenos Aires, no tanto; hubo repercusiones, por supuesto, pero no correlación directa, covariación entre contexto político y práctica profesional. En primer lugar, en los años anteriores a 1948 la tendencia teórica era el historicismo cultural. Quienes hacían arqueología eran personas de derecha o extrema derecha, como Imbelloni y Casanova, y personas izquierdistas, progresistas, como Márquez Miranda o Aparicio<sup>9</sup>. Personalmente se habrán mirado con poca simpatía, pero teóricamente no había grandes diferencias. Algunos eran más exacerbados que otros, pero estaban todos en la misma corriente. Las circunstancias políticas empezaron a incidir con el primer gobierno peronista, cuando los progresistas (Márquez Miranda o Aparicio) quedaron excluidos y tuvieron que subsistir de maneras marginales. La parte dominante quedó centrada en Imbelloni y Casanova. En 1955 se revirtió la situación y ellos quedaron apartados de la Universidad y volvió Márquez Miranda (Aparicio había muerto).

Mientras tanto, desde 1948 en Buenos Aires estaban actuando Menghin y Bórmida<sup>10</sup>. Pero ellos siguieron actuando bajo el peronismo, con la Revolución Libertadora, con el gobierno de Frondizi y el de Illia. Menghin se jubiló pero

Bórmida siguió actuando con los gobiernos posteriores. Menghin fue una persona que cometió un tremendo error en Austria, pero en nuestro país no hizo mal a nadie. Es verdad que en 1966, con la Noche de los Bastones Largos, muchos profesores universitarios renunciaron. Pero en Buenos Aires, el único que renunció fue Austral, que de todos modos se quedó en Bahía Blanca y en La Plata. Yo lamenté mucho la partida de Austral, pero quedaron todos los demás: Menghin, Lafón, Bórmida, Sanguinetti de Bórmida y otros más.

En 1973 se quisieron hacer algunas cosas bien y otras se hicieron mal, pero al año siguiente estaban normalizándose. Pero entre septiembre de 1974 –la intervención de Ottalagano– y 1983 la parte docente en la carrera en Buenos Aires fue un desastre, con la sola excepción de Aschero y Aguerre que en la materia *Ergología* trataban desesperadamente de cubrir baches. Otras cátedras quedaron a cargo de personas no capacitadas para desempeñarlas. En cambio, en lo que hace a las actividades de investigación, con [Amalia] Sanguinetti de Bórmida he tenido enormes discrepancias teóricas y metodológicas, pero también reconozco que apoyó y protegió a mucha gente que estaba haciendo sus primeras armas en la arqueología y que después del año 1983 se hizo cargo de los puestos dominantes de la actividad. Más aún, en 1975 no me renovaron el contrato en la facultad y la *única* persona que hizo gestiones para que se revirtiera la decisión fue Sanguinetti de Bórmida. Es decir, en lo que hace a la investigación no hubo en la Universidad de Buenos Aires covariación tan importante entre la situación política y las tendencias teóricas o metodológicas como la que hubo en la parte docente o la que ocurrió en otras instituciones.

*¿Cuál cree que sea el lugar o el rol que actualmente ocupa la disciplina en nuestro país dentro de la ciencia?*

Primero hay que preguntarse si la arqueología es ciencia. No creo que lo sea todavía. Pienso que está realizando muchos progresos, creo que se está aproximando bastante pero todavía me parece incorrecto calificarla como ciencia. Primero porque una ciencia debe tener un cuerpo teórico central propio y fuerte, cosa que en la arqueología no noto. La arqueología tiene principios teóricos muy bienvenidos, como lo son las teorías de alcance medio, pero un cuerpo teórico central... ¿Cuál? La teoría de la evolución no es arqueológica. Es biológica. ¿Qué otro concepto central tiene la arqueología...?

La arqueología, como dijimos, se caracteriza por utilizar los restos materiales para reconstruir el comportamiento humano en el pasado. Esa conjunción es característica de la arqueología. Pero analizar el comportamiento humano no es propio de la arqueología, es antropología. Analizar el pasado no es propio de la arqueología, es historia. La historia no se limita únicamente a los documentos escritos, la historia comenzó con los australopitecos, los *afarensis* o los *Homo habilis*, mejor dicho con estos últimos hace dos millones de años.

Hay una diferencia que durante mucho tiempo se nos machacó y que yo nunca compartí, cuando allá por los años sesenta se nos decía: “la arqueología tiene que ser antropología o no es nada, no puede ser historia”. No, estamos confundiendo las cosas. La arqueología no tiene que ser crónica descriptiva; pero la historia no es necesariamente crónica descriptiva, puede ser mucho más que eso. Si nos vamos a limitar a estudiar el ser humano en abstracto, independientemente de las circunstancias de tiempo y lugar, como decían quienes propulsaban esa postura, entonces no podemos estudiar el proceso de evolución del *Olduvaiense* hasta la fecha. Sería lo mismo que decir que un paleontólogo tiene que renunciar a estudiar los dinosaurios para describir la densidad de restos óseos de cualquier naturaleza por kilómetro cuadrado. No tiene sentido.

Para que una actividad sea ciencia también necesita tener métodos propios, y la arqueología los tiene. Son la excavación, el análisis de microdesgaste de utensilios, lo cual no lo tiene otra ciencia. Pero el análisis de radiocarbono no es arqueológico, es físico-químico, del mismo modo que tampoco el análisis de difracción de rayos X. Inclusive la excavación la compartimos con los paleontólogos; si bien excavamos de maneras completamente distintas. Es verdad que durante los últimos tiempos –sobre todo después del año sesenta– se ha intensificado mucho la precisión de las investigaciones arqueológicas de acuerdo con las características que buscamos y ello está impulsando un avance hacia el concepto de ciencia. Pero creo que todavía es necesario un mayor rigor en los procedimientos, de campo y de gabinete, y un mayor desarrollo teórico como para decir que la arqueología es ciencia.

Para mí la arqueología es un *método* consistente en el estudio de los restos materiales, que permite extraer información de ellos y que está generando condiciones para convertirse en científica. Está cerca, pero todavía no lo ha hecho.

Un tema interesante es la necesidad de que la teoría converja con la práctica. La teoría no genera necesariamente buena práctica. Los métodos también se construyen, independientemente de la teoría. Hay que tratar de ponerlos en relación armónica. Pongamos como ejemplo nuestro caso. Cuando fuimos a Tierra del Fuego nadie sabía cómo excavar un conchal, no figuraba en ningún manual. Manuales como el de Wheeler ni siquiera los mencionaban. Nos dijimos ¿qué hacemos, cómo hacemos esto? Comenzamos por trabajar de acuerdo con el método que habíamos aprendido en los sitios de llanura, por niveles artificiales. Algunos conchales, los que se suponía que habían sido trabajados con mayor cuidado, habían sido excavados en otros países con niveles artificiales de un pie, de treinta centímetros; nosotros bajamos a cinco. Y nos dimos cuenta que eso no bastaba.

La teoría supuestamente nos indicaba que había que diferenciar las capas de acuerdo con las diferencias en el material, en las conchillas, el color, la dureza, la fragmentación, cosas por el estilo. Nos volvimos locos. Durante dos años nos desesperamos diciendo “¿qué estamos haciendo?” Hasta que se nos prendió la lamparita y dijimos “no tenemos que guiarnos por la vista, tenemos que guiarnos por el tacto; es la mano la que tiene que guiar la excavación, no la vista”. A partir de ahí comenzamos a excavar los sitios más provechosamente, de acuerdo con las características de los conchales, sacándole mayor provecho a la estratigrafía. Porque los conchales son sitios de una estratificación muy compleja, lo cual da un enorme poder de resolución. Permite distinguir ocupaciones de pocos días de diferencia, pero al mismo tiempo es una estratigrafía tan endiablada que cuesta muchísimo rastrearla. Con la vista no pudimos y tardamos años en determinar que a través de la resistencia diferencial del terreno podíamos separar ocupaciones distintas.

Ahora bien, ¿qué lugar ocupa la arqueología –sea ciencia o sea método– en relación con la ciencia? Existen ciertos prejuicios y ciertas críticas justificadas por parte de las llamadas “ciencias duras”, que le critican a la arqueología justamente su carencia de procedimientos suficientemente rigurosos. Eso se está tratando de mejorar. Existe también el prejuicio de que la ciencia tiene que ser universal, que tiene que estudiar únicamente procesos que sean comunes a todo el universo o a todo el mundo y que la arqueología no lo hace. En este punto estoy en discrepancia, porque es verdad que un átomo de níquel tendrá la misma cantidad de protones y de neutrones esté en Norteamérica o esté en Japón. Es verdad que un pingüino de la Antártida llevado a un zoológico al Amazonas no cambiará su ADN y los descendientes de ese pingüino –si logra tener descendencia– van a seguir teniendo el mismo ADN.

Pero hay actividades que no son universales, que se caracterizan por ser particulares a

determinadas regiones y a determinadas épocas. La misma geología es particularista; no podemos hablar de la geología del mundo en general, sino que tenemos que hablar de la geología de determinada región en particular. Lo mismo pasa con la agronomía. ¿Qué importancia tiene que un agrónomo se dedique a perorar acerca del cultivo de cereales en escala global, cuando lo que importa es saber qué técnicas o qué procedimientos permiten mejores cosechas en la Pampa Húmeda? Los seres humanos somos especialistas en diversificación, especialistas en flexibilidad. Somos individuos que, con la compañía de nuestras amigas las ratas y las cucarachas, sacamos provecho de los ambientes más diferentes del mundo. Salvo en el extremo polo, podemos prosperar en cualquier lugar. ¿Pero cómo? Diferenciándonos, aprovechando las circunstancias que brinda cada ambiente y sacándole provecho de modos distintos. Entonces, es bueno que alguien estudie al ser humano en general, en abstracto, pero también es necesario estudiar cuáles son las diversas particularidades, los fenotipos a través de los cuales esa cualidad típicamente humana se efectiviza. Eso a un físico o a un biólogo le cuesta un poco entenderlo.

Por otra parte está el prejuicio de la gente que no es científica. El prejuicio del público en general, para el cual los arqueólogos somos unos seres un tanto exóticos, un tanto particulares, que nos dedicamos a buscar cosas bastante inútiles, cosas que no tienen demasiada utilidad. Eso en gran parte es culpa nuestra, porque –sobre todo después de los años 60– nos hemos dedicado muchísimo a la torre de cristal, a discutir entre nosotros, a discutir acerca de tecnicismos que interesan a poca gente, y nos hemos olvidado de la repercusión que nuestra actividad debe tener en la sociedad. En ese sentido los paleontólogos nos han pasado por encima. La gente está mucho más interesada en saber cómo vivía un dinosaurio hace 60 u 80 millones de años, que cómo vivía un tehuelche en el siglo XIX o un indígena de la Puna hace seis mil años.

En los años 60 recuerdo que el diario La Prensa cada dos o tres domingos sacaba una página entera dedicada a la antropología, en la cual publicaban notas y noticias y escribía la gente de esa época, Márquez Miranda, Serrano<sup>11</sup>, Casanova... Su forma de hacer arqueología hace mucho tiempo que no me satisface, pero la gente se enteraba. Decía “qué interesante”, “ah, estas urnas, cómo enterraban a los ancianos en Santiago del Estero”, “qué curiosas estas pinturas”. Antes había una conferencia de arqueología por semana, o algo por el estilo. ¿Cuántos años hace que no veo en el diario el anuncio de una conferencia de arqueología fuera de los ámbitos académicos? La culpa es nuestra. Hemos perdido la capacidad de divulgar nuestros conocimientos, y eso hace que la gente no nos tome demasiado en cuenta.

*¿Qué falencias observa, a grandes rasgos, en la formación de grado actual?*

Hay que tener en cuenta que hace 35 años que no estoy en la Universidad de Buenos Aires, de modo que hablar en detalle de si la universidad cumple mal o bien su función, o si está mejor o peor que antes, no sería demasiado ético. Pero voy a hablar como arqueólogo, en función de los *restos materiales* que produce la Universidad, o sea los egresados.

A través del contacto con los egresados, tanto personal –la gente que viene a colaborar conmigo– como con los proyectos que presentan y que tengo que evaluar, noto que la Universidad de Buenos Aires tiene un buen nivel de formación teórica. [Los alumnos] salen con buenos conocimientos, pero también con algunas deficiencias, con algunas fallas. Creo que en ese sentido la Universidad de Buenos Aires no está a la altura de los grandes institutos de investigación o de docencia universales. No se puede comparar con las grandes universidades norteamericanas o inglesas, pero está en un decoroso segundo plano. No está en un tercero, ni un cuarto, ni un quinto, está bien situada.

Ahora bien, hay cosas que sí me gustaría que se corrigieran y aprovecho para comentárselas, a ver si alguno de los lectores las recibe.

Ante todo, una cosa que me gustaría que mejoraran los estudiantes, los egresados, es un elemento metodológico. ¿Qué es una hipótesis? Se habla mucho de hipótesis, pero en general el 99% de la gente lo entiende muy mal. Una hipótesis no consiste en decir "mañana va a llover". Una hipótesis tiene que ser una *deducción* a partir de un principio general; de una premisa, sea un modelo teórico o un conjunto muy sólido de datos empíricos, de datos inductivos. A partir de esa premisa pudo decir que "si esa premisa es verdad es probable que ocurra tal cosa" y entonces la someto a prueba con datos inductivos. Pero la gran mayoría de las hipótesis que veo en los proyectos de investigación son generalizaciones inductivas disfrazadas de hipótesis, o, peor, intuiciones. Muy pocas tienen el real carácter de deducción a partir de principios generales. Por ejemplo, hoy es 24 de agosto. Si digo "la información de los últimos 200 años indica que en la última semana de agosto suele haber lluvias copiosas acompañadas por tormentas eléctricas, lo cual es producto del choque entre una masa de aire tropical y otra masa de aire frío proveniente de la Patagonia, lo cual tiene relación con la época del año pues las condiciones invernales están comenzando a ceder paso a las condiciones primaverales, entonces es probable que durante los próximos días llueva", eso es una hipótesis. Si mañana llueve, la hipótesis habrá quedado confirmada. Y si no llueve, pero llueve el 31, como yo dije "la última semana de agosto", también va a estar confirmada. Pero si en cambio digo "me duele la espalda, mañana va a llover" y mañana tengo que salir con un paraguas, ¡la hipótesis no queda confirmada porque no hay ninguna hipótesis válida! La espalda me puede doler porque hay mucha humedad en el ambiente, pero también puede ser porque me pasé ocho horas frente a la computadora, o por veinte razones más. Esa sería una razón intuitiva o una razón fáctica insuficiente.

Muchas veces he leído... "En esta excavación arqueológica la hipótesis es que haya abundancia de huesos de guanaco". ¿Por qué? No se da ninguna razón. No es una hipótesis válida. Y si se toma como hipótesis porque el autor del proyecto hizo una prospección que dio muchos huesos de guanaco y después encuentra más huesos de guanaco, no está confirmando una hipótesis, está incurriendo en un círculo vicioso. Entonces, por una parte me gustaría, sería interesante, que se mejorara la comprensión de lo que es el concepto de hipótesis. Porque las hipótesis y su sometimiento a prueba son lo que hacen progresar el conocimiento. Las afirmaciones intuitivas producen únicamente acumulación de datos, y la simple acumulación de datos no conduce a ninguna parte, o tiene resultados escuetos. Claro, tampoco una teoría proporciona por sí sola conocimientos y debe bajársela a tierra, se la debe completar con datos empíricos suficientes.

¿Cuál es el problema, cuál es la pregunta que todavía falta resolver? Entonces genero la hipótesis. Si esta hipótesis fuera válida, ¿cuáles serían las implicancias que la contrastarían positivamente y cuáles las refutarían? A esas implicancias, a esos datos previstos por anticipado, es a las que hay que prestar atención prioritaria, sin perjuicio de lo cual hay que recoger todo lo que ande alrededor que puede servir como dato para otro investigador o un momento posterior en la propia investigación. Si un barco se hunde, mientras no haya pérdida de vidas humanas, no pasa nada, porque se puede construir otro barco más grande y mejor. Pero si el yacimiento se destruye, los indígenas de hace cien años o los *Homo erectus* de hace 500.000 años ya no están para construir otro sitio igual. El registro arqueológico es un recurso no renovable, al cual tenemos que cuidar no sólo en función de nuestros propios intereses, sino en función de los intereses que imaginemos, que advertamos que puedan venir después.

Otra cosa que me gustaría en el panorama universitario es que los estudiantes tengan

mayores oportunidades de trabajo de campo. No se puede estudiar arqueología por correspondencia, como no se puede estudiar medicina por correspondencia. Hay que tener práctica. Y reconozco que es un problema difícil, dado la gran cantidad de estudiantes que son ahora. Movilizar los estudiantes para un trabajo de campo costaría mucho dinero, mucho tiempo y mucho esfuerzo.

En mi época, en el Cursillo de Especialización en Arqueología —que era una de las últimas materias— era obligatorio el trabajo de campo. Más aún, cuando Lafón dio *Técnicas de Investigación Arqueológica* y yo era jefe de trabajos prácticos, si bien eran veinte o veinticinco alumnos —no era la cantidad de gente que hay ahora—, era obligatorio que todos los sábados nos fuéramos a trabajar en un sitio del Delta, cerca de Benavídez, donde una draga había removido un sitio arqueológico y nosotros podíamos hacer muchas cosas sin preocuparnos por perturbar el patrimonio arqueológico, que ya estaba perturbado, destruido. De esa manera, los estudiantes aprendían cómo manejar el cucharín, cómo manejar la brújula, cómo hacer el plano de un sitio, muchas cosas que después les servían para su vida profesional. En la actualidad sólo lo pueden hacer las personas que logran agregarse a equipos de investigación. Mucha gente ha venido conmigo a Tierra del Fuego; he llevado a cerca de doscientos alumnos hasta el momento. Pero ¿es ésa la solución? Yo lo hago con mucho gusto, los alumnos están muy agradecidos, tenemos muy buena relación con ellos. Pero ¿es ésa la solución? No sé cómo se la puede hallar.

Hay algunas otras cosas que me gustaría que se contemplaran en el plan de estudios. Por ejemplo —no necesariamente como materias obligatorias o como cuatrimestres enteros, pero tal vez como seminarios optativos— la posibilidad de que los alumnos estudien y conozcan los fundamentos del análisis radiocarbónico, para poder elegir las muestras adecuadamente, para poder interpretarlas

adecuadamente, dado que mucha gente lo hace de manera simplista. Que sepan las normas generales del análisis de microdesgaste de los instrumentos líticos, que es un método muy preciso y muy informativo. Que no tengan que limitarse a esperar que Estela Mansur y Myrian Álvarez organicen un simposio en Ushuaia para irse hasta allá. O bien técnicas de preservación legal y práctica del patrimonio arqueológico. ¿Qué se estudia en la facultad de eso? No digo que los arqueólogos tengan que convertirse en operadores de museo remendando cacharros, pero sí que tengan un cierto conocimiento de cuáles son las necesidades elementales de preservación del material. Eso tampoco lo veo todavía... Son sugerencias que hago desde fuera de la Universidad porque en los egresados no lo veo atendido por la Facultad, deben comenzar a satisfacerlo después. Corresponde que ustedes, los estudiantes, y los profesores se pongan de acuerdo.

Otra cosa que es necesaria, pero no termina de convencerme, es que el estudio en la Universidad se concentra en lo último, en lo más moderno, en lo más reciente, como si eso fuera una verdad mejor que lo antiguo. Veo en los egresados que ignoran mucho las cosas del pasado. Me duele que no valoren a Childe. El conocimiento que tenía de datos prehistóricos era por supuesto mucho menor que el actual, pero el enfoque que hizo Childe de la arqueología como estudio de procesos económicos, sigue siendo válido. Fue el fundador de una teoría que todavía no hemos terminado de aplicar. De paso, hago una autocrítica. Una vez, cuando todavía no estaba recibido, escribí un artículo en el cual decía que Childe era personalmente marxista, pero que su enfoque era liberal porque su esquema se fundaba sobre el progreso, la lucha de clases no aparecía en ninguna parte, y recién en relación a la Edad del Bronce aparecía una escueta mención al dominio de una elite. ¿Dónde estaba el marxismo expresado acá? Yo no lo veía. Después me di cuenta, al releer a Childe años después, que su marxismo era

mucho más sutil, pero real. Cuando Childe dijo "la sociedad moldea a los hombres, pero son los hombres los que dan forma a la sociedad", esto es un método dialéctico sensacional que los arqueólogos no aplicamos porque seguimos pensando las cosas unilateralmente —o la sociedad modela compulsivamente al hombre, o los hombres actúan sin que la sociedad y sus tradiciones tengan relevancia— en cambio de verlo como una relación dialéctica de ida y vuelta, de reciprocidad, de retroalimentación, que es lo más lógico y lo más razonable.

*¿En qué aspectos considera que los jóvenes deben hacer hincapié durante sus primeros años de estudio e investigación como profesionales?*

Por una parte, una advertencia. Los estudiantes entran y salen de la facultad con la idea de que el único campo de desarrollo es la investigación; y hasta hoy lo ha sido. Pero creo que la arqueología puede ser orientada en tres direcciones: la investigación, la docencia y la preservación del patrimonio. Investigación y docencia están bastante bien atendidas, reconocidas. Pero la protección del patrimonio, el trabajo de difusión de la actividad del pasado en comunidades regionales, en museos provinciales, eso no es una cosa a la que se preste la suficiente atención. Eso tendrían que tomarlo en cuenta.

Por otra parte, lo que hace a los comienzos del trabajo profesional posterior al egreso, es una cuestión difícil de resolver. Porque, por una parte, está el deseo ideal de que trabajen concienzudamente, metódicamente, intensivamente, y que se tienen que pasar diez años investigando un tema loable. Por otro lado, en contraposición, están las exigencias pragmáticas que establece la competitividad; en el sentido de que el egresado en cuatro años tiene doctorarse y en cinco años tiene que ingresar al CONICET porque de lo contrario se muere de hambre o no tiene oportunidades, y para eso necesita hacer publicaciones y

producir resultados. Eso no solamente crea unas tensiones psicológicas tremendas, sino que, además, achata la calidad de la producción. Porque no hay tiempo. Hace cincuenta o setenta años se podía hacer una prospección por la costa atlántica de quince días y publicar un trabajo de investigación. Ahora la investigación lleva muchísimo más tiempo y detalles, exige mucha más concentración de esfuerzos, y producir un artículo meritorio cada año o cada dos años es difícil. Esa contraposición no es producto de la Universidad, sino del sistema, que no sé cómo se puede resolver fácilmente.

*¿Qué quisiera agregar sobre nuestra responsabilidad en la divulgación al público en general?*

Como ya lo señalé, los arqueólogos tenemos una deuda con la sociedad, debido a que nos hemos concentrado en la discusión entre nosotros, para nosotros. En realidad tenemos que agradecer a la sociedad que nos está pagando los estudios y las investigaciones. Tenemos que devolver eso a la sociedad y no lo estamos haciendo, o lo estamos haciendo en medida muy escasa. Eso hay que corregirlo.

*¿Cuáles son las vías que Ud. priorizaría en este proceso de devolución?*

Museos más interactivos, que las colecciones no se exhiban años sin cambio, sino que se vayan renovando. Que haya más conferencias, más charlas, que se procure una mejor inserción en los medios masivos de difusión; que se entre en contacto con entidades culturales de provincias o de localidades. Que se establezca un mejor contacto o relación con los grupos aborígenes. Ellos tienen pleno derecho a sentir que son explotados por nosotros, o que le estamos quitando su pasado, pero también tienen que entender que si nosotros no estudiamos su pasado, ellos no lo hacen, y que por consiguiente le estamos suministrando información que

ellos nunca hubieran imaginado. Los pocos descendientes de los yámanas que existen en Tierra del Fuego jamás hubieran imaginado que sus antepasados vivieron exitosamente en la región durante seis mil años.

Además es lamentable la subordinación y el poco respeto que se ha tenido por los grupos indígenas. A mí nunca me gustó saquear los cementerios para colocar los esqueletos desordenadamente en los estantes de los museos. Me parece una atrocidad. Pero también pienso que la conservación del patrimonio indígena no atañe únicamente a los grupos aborígenes, sino que es un patrimonio de la humanidad toda. Porque los antropólogos estudiamos a la humanidad en su diversidad, incluidos los indígenas. Y los indígenas tienen que tener voz y voto, pero no son los únicos propietarios. Por eso hay que entrar en contacto con ellos y hacerles ver la conveniencia de la colaboración, de cuánto nos beneficiamos ambos, ellos y nosotros, si trabajamos de manera colaborativa, aportando nuestra experiencia y ellos aportando otras cosas.

*¿Cómo imagina la participación de diversos sectores sociales en el trabajo arqueológico?*

Sobre todo pienso en la valoración del trabajo, que entiendan qué es lo que estamos haciendo y que lo reconozcan como interesante para ellos también.

Participar de las excavaciones requiere de un cierto adiestramiento, no cualquiera lo puede hacer. Si a una persona se le proporciona el adiestramiento, creo que lo puede hacer. Si ello se le proporciona a los grupos indígenas a condición de que sepan que no basta con excavar sino que, además, hay que estudiar los materiales y que para hacerlo con provecho la excavación debe reunir determinados requisitos muy específicos, y además insoslayables, creo que se puede hacer.

En otros países hay experiencias que dicen que han sido muy promisorias, muy provechosas. Acá conozco casos de respeto del arqueólogo por los grupos indígenas y de respeto de grupos indígenas por el arqueólogo, lo cual lleva a una situación muy agradable de trabajo. Hay otros casos en que hay reticencias mutuas y la situación es inmanejable.

*A partir de su experiencia con quienes participaron en las excavaciones de Túnel ¿qué reflexión le motivan esos jóvenes de entonces que hoy son profesionales con vasta trayectoria?*

Las personas en las que estoy pensando se han incorporado sobre todo en los últimos años. Hay diversos motivos por los cuales la gente que nos ayudó, que colaboró y de la cual tengo muy buenos recuerdos en los primeros años de trabajo en Tierra del Fuego, no continuó con nosotros. Algunos, como Patricia Bernardi, Luis Fondebrider, Darío Olmo, se dedicaron a una tarea tremendamente meritoria, como es la arqueología forense. Me parece maravilloso que lo hayan hecho. Otros, encontraron que más que la arqueología le interesaban otras ramas de la antropología, por ejemplo Leonor Slavsky, quien está haciendo un trabajo muy inteligente e importante de integración con los grupos indígenas. Otros, se casaron o se pusieron de novios y se dedicaron a otra cosa. Otros encontraron que nuestros enfoques teóricos o procedimientos prácticos no los satisfacían o no les gustaban y emigraron hacia otros marcos o se dedicaron a otras áreas. Otros encontraron que las necesidades materiales eran más importantes que la satisfacción de la vocación y que tenían que trabajar en otra cosa para poder dar sustento a la familia. Lo entiendo perfectamente.

Por lo tanto, durante mucho tiempo hubo una gran rotación de gente, hasta que hace aproximadamente diez años hubo una confluencia de gente nueva, Dánae Fiore, Myrian Álvarez, Francisco Zangrando, Angie Tivoli,

con una gran capacidad de trabajo y sobre todo con una gran integración a los objetivos del grupo. En nuestro proyecto de Tierra del Fuego, desarrollado por [Ernesto] Piana y por mí, siempre consideramos que el proyecto de trabajo no estaba al servicio nuestro, sino que nosotros estábamos a servicio del proyecto. Que nosotros no teníamos que hacer lo que a nosotros nos gustara o nos conviniera, sino lo que el proyecto necesitara. Lo conversamos con esta gente, ellos contestaron unánimemente "sí, queremos continuarlo" y entonces, adelante. Eso por supuesto nos produce mucha alegría porque veo que los esfuerzos que hemos hecho van a ser continuados y espero que produzcan mejores resultados que los que hemos obtenido nosotros. Me da orgullo, por los resultados que ya han conseguido y que han dado a conocer. Sé que van a seguir progresando, que van a conseguir mejores resultados y posiblemente corregirán algunas de las cosas que hemos dicho, a otras las mejorarán y a otras las dirán mejor todavía.

*A modo de cierre ¿qué les puede aconsejar a los estudiantes que hoy están incorporándose al mundo de la arqueología?*

Por una parte las recomendaciones inevitables de que trabajen, que sean responsables, y cosas por el estilo. Pero creo que sería útil decir algunas cosas más concretas.

Por ejemplo, que no se dejen llevar por la visión maniquea que tan común es en nuestra disciplina. Es muy frecuente pensar que lo que yo digo es lo correcto y los demás están todos equivocados o no conocen el tema. No es así. Si algo he aprendido en los 74 años que tengo es que, cuando dos personas discuten, algunas veces alguna de ellas tiene la razón, pero la mayor parte de las veces las dos comparten partes diferentes de la razón, y otras muchas veces ninguna de las dos tiene razón porque ambas están profundamente equivocadas. Por consiguiente, no tengan miedo a disentir, pero

no lo hagan por capricho, ni por prejuicios o posturas personales, ni por seguir alguna corriente aunque se la hayan enseñado en la facultad, examinen los argumentos que otros invocan (si es que los invocan) y rebátanlos con razonamientos claros y demostrables. Si lo hacen así van a hacer progresar la arqueología. De otra manera, multiplicarán sus falencias.

Sugiero además que traten de actualizarse lo más posible. La arqueología está haciendo muchos progresos, está haciendo tanto que es difícil leer lo suficiente para saber qué se está produciendo y qué se está sugiriendo; no da tiempo, la bibliografía aplasta, abrumba. Traten de hacerlo, sin embargo.

Pueden especializarse, si quieren. Todavía hay lugar tanto para arqueólogos generalistas y arqueólogos especialistas. Los arqueólogos generalistas son los que se encargan de coordinar, de sintetizar el trabajo que hacen los otros, de organizar el esfuerzo. Los especialistas producen, por supuesto, datos más concretos sobre aspectos particulares; pero deben mantener siempre la concepción global, no creer que el mundo se reduce a lo que cada cual está haciendo. Si estoy estudiando el material lítico, no creo que este material sea toda la Arqueología. Tengo que poner en contacto el material lítico con el material óseo, con las pautas de asentamiento y con todo lo demás que pueden proporcionar la arqueología. Es decir, la arqueología tiene que ser encarada de una manera holística, de una manera integrada, de una manera convergente.

Hay situaciones que nunca entendí. Una es la situación que les mencioné, que la arqueología tiene que ser antropología y no puede ser historia. Otro caso se dio en la década pasada entre esas dos escuelas derivadas de las *New Archaeology*, el Seleccionismo y la Ecología Cultural. La lucha entre ellas fue terrible, se dijeron cosas espantosas entre ellos, y yo me preguntaba ¿por qué?, si son enfoques complementarios. La Ecología Evolutiva investiga los procesos por los cuales un comportamiento se configuró y

funciona. El Seleccionismo estudia la sucesión a través del tiempo de los comportamientos. ¿Qué oposición irreductible hay entre ellos? ¿Cómo puedo saber por qué un comportamiento prosperó o fue abandonado si no sé cómo funcionaba? ¿Cómo puedo limitarme a estudiar el proceso de fundamentación y funcionamiento de una actividad sin preocuparme por qué consecuencias tuvo? Que haya algunos que hagan una cosa y otros que hagan otra, sí, es perfectamente factible. Pero, ¿por qué unos tienen que negar a los otros y decir que están equivocados? Es absurdo. En uno de los artículos de *Current Anthropology* donde se planteaba el tema, publicado por Lyman y O'Brien, [José Luis] Lanata tuvo una intervención en el mismo sentido: dijo, y estoy completamente de acuerdo, que son dos enfoques complementarios, que se potencian entre sí, que se mejoran recíprocamente. ¿Por qué vamos a decir "uno u otro"? Hay que enfocar las dos caras del problema.

Otra situación muy frecuente es la discusión de si el trabajo de campo debe consistir en sondeos o excavaciones extensas. Aquí hay también una mala interpretación de Binford. Él defendió los sondeos, pero los sondeos múltiples distribuidos al azar; no un sondeo único. Si hago diez o quince sondeos distribuidos al azar, obtendré información, una aproximación al contenido general del sitio. Pero Binford también dijo "...pero si quiero entender la estructura del sitio tengo que hacer excavación en extensión". ¡Ese párrafo no lo lee nadie! Las dos cosas son necesarias. En algunos casos hay que hacer excavación extensa y en otros casos hay que hacer sondeos, pero múltiples. Como dijo Carlos Aschero en una conferencia hace unos años, "el que dice que ha entendido la estratigrafía de una cueva a través de un sondeo de dos por dos [2m x 2m] no ha entendido nada". Estoy enteramente de acuerdo. Aquel es un planteo que parte de la suposición de que el espacio es homogéneo. Un gas puede tener una distribución homogénea de las moléculas y por lo tanto, si tomo con una pipeta una partícula

del gas, tendré una idea de la composición total de lo que tengo en el recipiente. Pero los seres humanos no dejan un espacio homogéneo, puede ser que lo haga un animal, pero los seres humanos no. Los espacios producidos por acción humana suelen ser heterogéneos. Por lo tanto tenemos que hacer las dos cosas, excavaciones en extensión y sondeos.

No creo que nadie estudie la carrera de arqueología con el ánimo de ganar mucho dinero o un gran prestigio social. Pienso que eso es muy favorable para valorar a los estudiantes y a los egresados, pero es importante que una vez en actividad no se olviden nunca de agradecer cada día al destino la posibilidad que tienen de trabajar en una actividad tan apasionante como es la arqueología. Por lo menos es lo que yo hago todos los días, agradecer al destino.

Ciudad de Buenos Aires, agosto de 2009.

## NOTAS

1. John Stuart Mill (1806-1873), filósofo inglés, exponente del empirismo.
2. Immanuel Kant (1724-1804), filósofo alemán.
3. Oswald Menghin (1888-1973), arqueólogo austríaco, radicado en la Argentina en la posguerra.
4. Se ha referido aquí a los arqueólogos argentinos Ciro René Lafón (1923-2006) y Alberto Rex González (n.1918), a los norteamericanos James Ford (1911-1968), Wendell C. Bennett (1905-1953), Gordon Willey (1913-2002) y Betty Meggers (n.1921) y al peruano Luis Lumbreras (n.1939).
5. François Bordes (1919-1981), arqueólogo prehistoriador francés, y Vere Gordon Childe (1892-1957), arqueólogo australiano que tempranamente introdujera una perspectiva marxista en la disciplina.
6. André Leroi-Gourhan (1911-1986), arqueólogo prehistoriador francés.

7. Se refiere aquí a las industrias líticas, complejos o entidades culturales *Jabaliense*, *Riogalleguense*, *Toldense* y *Casapedrense*; el primero de los cuales fue acuñado y definido por Marcelo Bórmida, y los otros, por Oswald Menghin, entre principios de los años '50 y mediados de los '60.

8. El *Auriñacense*, el *Solutrense* y el *Magdalenense* son industrias o complejos característicos del Paleolítico Superior europeo.

9. Se refiere al antropólogo italiano, luego radicado en argentina, José Imbelloni (1885–1967) y a los arqueólogos argentinos Eduardo Casanova (1933–1977), Fernando Márquez Miranda (1897–1961) y Francisco de Aparicio (1892–1951).

10. Marcelo Bórmida (1925–1978), antropólogo italiano radicado en Argentina.

11. Eduardo Serrano (1899–1982), arqueólogo argentino.

**\*Nicolás C. Ciarlo** es estudiante de Ciencias Antropológicas de la UBA. Desde 2004 forma parte del Programa de Arqueología Subacuática del INAPL y del Grupo de Arqueometalurgia de la Facultad de Ingeniería de la UBA. Ha trabajado en varios proyectos de investigación de naufragios entre los siglos XVII y XIX en la costa atlántica patagónica, fundamentalmente en el sitio HMS *Swift* (1770), Puerto Deseado, Santa Cruz. Es adscripto de la cátedra Arqueología Argentina de la UBA y miembro del comité editorial de la *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* y de *La Zaranda de Ideas*. Dirección de contacto: nciarlo@yahoo.com.ar

**\*\*Marcelo Vitores** es Profesor de Ciencias Antropológicas de la UBA. Actualmente es becario doctoral de CONICET. Su tema de investigación es la cerámica de los grupos cazadores recolectores del noroeste patagónico, tópicos al que se dedica en el marco de los proyectos de la cuenca del río Limay, dirigidos por el Dr. Eduardo Crivelli. Asimismo ha prestado colaboración como adscripto en cátedras de arqueología de la UBA y es miembro del comité editorial de *La Zaranda de Ideas*. Dirección de contacto: marcelovitores@yahoo.com.ar

**\*\*\*Melina Bednarz** es estudiante de Ciencias Antropológicas de la UBA. Desde 2004 desarrolla investigaciones arqueológicas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en el marco de los proyectos del Centro de Arqueología Urbana. Actualmente se encuentra trabajando en su tesis de licenciatura, con un especial interés por las problemáticas de divulgación científica y patrimonio. Es docente de la carrera de Conservación y Restauración del IUNA y miembro del comité editorial de *La Zaranda de Ideas*. Dirección de contacto: mpbednarz@yahoo.com

**\*\*\*\*Ivana Laura Ozán** es Licenciada en Ciencias Antropológicas, orientación arqueológica en la UBA. A lo largo de su carrera el interés se ha centrado en el estudio de poblaciones cazadores-recolectores de norpatagonia y la región pampeana. Su reciente tesis de licenciatura versó sobre los procesos de formación del registro cerámico de estas sociedades en la Provincia de La Pampa. Al momento, el eje de sus estudios se encuentra en la geoarqueología. Es adscripta de la Cátedra de Prehistoria Americana I y forma parte del comité editorial de *La Zaranda de Ideas*. Dirección de contacto: ivanalaura\_ozan@yahoo.com.ar